

LÓPEZ TORRIJOS, ROSA: *Entre España y Génova. El Palacio de Don Álvaro de Bazán en el Viso*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2009. ISBN 978-84-9781-522-2, 312 pp., 112 ils.

La Casa de don Álvaro de Bazán constituye uno de los ejemplos más importantes que han llegado hasta nosotros, en un estado de conservación casi ejemplar, de la arquitectura y el arte de la época de Felipe II. No obstante, la pérdida de su localización en el eje de comunicación entre la corte y Andalucía, su razón de ser estratégica en la época medieval y altomoderna, conllevó su marginación al quedar esta villa feudal fuera de los grandes recorridos norte-sur, pareja a su abandono como casa principal del marquesado de Santa Cruz; las limitadas facilidades de acceso al archivo familiar y la aparente desaparición de algunos de los documentos básicos de su fábrica, que se citaban a finales del siglo XIX, han desanimado en el pasado a los estudiosos que se sentían atraídos ya por su arquitectura ya por su decoración pictórica y sus plurales programas de exaltación personal y del linaje. Por ello, no puede ser sino recibido con alborozo el estudio que a su edificio ha dedicado Rosa López Torrijos, que ha dedicado más de una década a esta obra desde un doble punto de vista artístico y documental.

El libro se estructura en tres capítulos, dedicados respectivamente, entre la leyenda autocelebrativa y la realidad documental, al linaje familiar más allá del abuelo don Álvaro de Bazán, héroe menor de la guerra de Granada, comendador de Valduerna y fundador del mayorazgo; el segundo, a las casas de Granada y El Viso del armador de flotas y capitán general don Álvaro de Bazán el Viejo (ca. 1492-1555), desde 1538 señor del Viso y Santa Cruz de Mudela, las cuales ya parecen haber seguido en su remodelación de 1536-37 un modelo genovés como el de la villa Doria en Fassolo con su importación de materiales prefabricados; y, por último, a la construcción del palacio manchego, que se organiza en dos amplias secciones dedicadas al proyecto original y su transformación a la italiana, que se iniciaría bien a fines de 1564 con la contratación en Génova de Juan Baptista Vergamasco (Giovanni Battista Castello il Bergamasco) y Juan Baptista Olamosquín (Giovanni Battista Perolli il Cremaschino)<sup>1</sup>, o más bien desde 1566, fecha del contrato por dos años del arquitecto Andrea Roderio da Carona y tres socios.

La Casa del Viso, antes de la Encomienda de Calatrava, debió de haberse comenzado a remodelar al poco de recibirse en 1543 la licencia real para la posesión de una «casa fuerte», solución más limitada que la de la construcción de la fortaleza que había querido el nuevo señor de la villa desde su compra en 1539. No obstante, nada se sabe con certeza de ella hasta 1562, fecha en la que se contrataba la carpintería de suelos y armaduras de los dos pisos principales, los entresuelos y las torres del cuarto delantero de la casa. En consecuencia, nos encontramos con una casa habitada e inventariada en 1555, y que la autora supone que sería la de la encomienda de Calatrava sin mayores transformaciones, aunque las balaustradas del patio quizá testimonian una temprana importación genovesa.

El cliente de esta nueva casa sería ahora don Álvaro de Bazán el Mozo (1526-1588), desde 1569 I Marqués de Santa Cruz y quien alcanzó también tanto elevados títulos de la marina española [capitán general de la armada real (1554), de la armada de Poniente (1555), de la armada de avería (1562), de las galeras de Nápoles (1568), de la Mar (1574), o de las galeras de España (1576)] como importantes victorias.

No obstante el aspecto general del palacio, y el documento de 1562 así lo avalaría, parece haber mucho más de la antigua casa de don Álvaro el Viejo en el palacio de lo que podamos pensar por debajo de su epidermis genovesa; no sólo las proporciones generales de la fachada y del bloque nos vinculan su fábrica con las tradiciones españolas, y no las genovesas, sino que un análisis de los aparejos de sus fachadas parecen demostrar una remodelación de los vanos, e incluso un ensanchamiento de las torres con sus pequeñas troneras hacia los ejes de los muros, y, en consecuencia, que nos encontremos con una construcción que en 1562 ya estaba llegando a requerir suelos y techos, y tal vez no solamente para su delantera, sino para los tres cuartos que flanqueaban las torres –abaluartadas en planta– de la misma. El tipo de patio y de zaguán con dependencias laterales –que recuerdan las del palacio de Carlos V en Granada– y la colocación de la escalera como fondal vuelven a insistir en la preexistencia de una estructura española.

<sup>1</sup> Este contrato, de 15 de noviembre de 1564, citado a fines del siglo XVI por el cronista e historiador Esteban de Garibay, no ha sido hallado hasta la fecha, y no carece de problemas dado que Bazán no visitó la ciudad de Génova hasta 1565.

Como se analiza muy correctamente en el libro, la dependencia del tipo de casa respecto al Alcázar de Toledo (1545), comenzando por su nivel de sótanos y caballerizas, o la Casa de los Príncipes de Éboli de Pastrana, también diseñada por Alonso de Covarrubias a partir de 1543 (en que se permitió su construcción asimismo como casa fuerte de señorío), debiera haber justificado una cronología también temprana para el conjunto del Viso. El tipo de escalera –al margen del más tardío cerramiento de su caja– depende también de la del Alcázar, que ahora sabemos estaba ya proyectada en 1544, cuando el arquitecto porfiaba con el Príncipe Felipe para ejecutarla, costándole su insolencia una suspensión temporal de empleo, y que fue finalmente retomada en esta forma pseudoimperial en 1553. En paralelo, la autora emprende una encomiable reconstrucción de los usos funcionales de sus diferentes espacios, en la que puede también identificar en su «guardarropa» –en la torre nordeste– de nuevo la compleja, sedimentaria y fragmentaria, interrelación con Italia.

Así pues, parecería cobrar mayor importancia la estructura castellana subyacente a la intervención genovesa, propiciada ahora por su nueva experiencia –como capitán de la mar– en el Mediterráneo a partir de 1562. Los maestros de carpintería de Chinchón contratados en 1562 y fiados por Antonio Sillero el Mozo y Esteban de Valencia de Madrid nos vuelven a orientar hacia las fábricas de la corte y sus arquitectos, tanto Covarrubias como Luis de Vega. Y a las tradiciones castellanas habría que añadir la huella del proyectado monasterio del Escorial. La autora ha demostrado que El Viso poseía torres sobresalientes y cubiertas por tejados de pizarra, elementos que probablemente desaparecerían con el abandono del edificio, los efectos del terremoto de Lisboa y la restauración acometida por el arquitecto de la casa marquesal, desde 1770, Juan Pedro Arnal, con su reestructuración del cuerpo central de la fachada como un enorme contrafuerte que se añadió a la estructura saliente de su portada y balcón.

Por estos años tanto el Alcázar de Madrid como el Escorial intentaban un proceso de romanización gracias a la intervención de españoles importados desde Roma y Nápoles, Juan Bautista de Toledo y Gaspar Becerra. El encargado de acometer la «italianización» del edificio de don Álvaro fue el Bergamasco, quien terminaría en septiembre de 1567 contratado también por Felipe II para sustituir a Toledo en el monasterio –donde diseñó la escalera que concluiría Juan de Herrera– y a Becerra en el palacio<sup>2</sup>. Castello parece haberse trasladado a España con las galerías de don Álvaro en septiembre de 1566 y haber dado nuevos diseños para la remodelación de la caja de la escalera –abriendo nuevos vanos en el muro trasero para su iluminación–, la capilla y el patio, y probablemente de las líneas generales de su decoración pictórica.

Esta parte del estudio de la casa del Viso se ha dejado para otra ocasión, y tal vez habría sido deseable abordarla en algunos términos, como en sus arquitecturas fingidas, que debieran haber sido en parte inseparables de las reales, o en la posible exteriorización pictórica de las composiciones interiores. En este sentido, no sólo la nueva relación torres-frente, a la manera de la villa Giustiniani (Cambiaso) de Alessi, venía parcialmente a «civilizar» su aspecto externo, sino que la reconstrucción, por la autora, de sus fachadas laterales (p. 139, il. 56) abunda en esta línea, avalada por las parejas de ménsulas en la cornisa general del palacio. López Torrijos vincula su arquitectura principalmente con la del palacio de Tobia Pallavicino (1558-1563) del propio Castello, aunque es posible que se aproximara todavía más a la del palacio de Giambattista Spinola (ca. 1563-1566), obra del colaborador de Alessi Bernardino Cantone y del propio Castello. En cambio, la solución del patio con su motivo de pilastras adosadas –dóricas y jónicas<sup>3</sup>– a pilares y arco y entablamentos contraidos parece depender de sugerencias escurialenses más que estrictamente genovesas, aunque podamos encontrar soluciones próximas en el patinillo del palacio de Angelo Giovanni Spinola (1558-1564), de Cantone. Las puntas de diamante de los intradoses y enjutas de los arcos pueden encontrarse en el palazzo Paravicini y modelos próximos a los de las puertas dóricas y jónicas en el de Francesco Lercari (1565-1578), como variantes de una morfología de tradición alessiana y vignolesca.

Otro artista aparentemente desconocido surge en 1572-1573 dando trazas desde Nápoles, ciudad de residencia del marqués durante estos años. El «Theodoro Castilnovo» o «Theodoro Gueldre» que cobró por «una traza de la casa del Viso» debiera ser quizá el pintor de Gueldres Teodoro di Errico o Dirck Hendricz. Centen (ca. 1542-d. 1618), aunque parece haber sido sustituido finalmente en 1574 en sus propuestas por el cremonés Perolli y el veneciano Cesare de Bellis. No obstante, esa sección del ornato al fresco de

<sup>2</sup> Sorprende el olvido del inventario de bienes dejados a su muerte por Castello publicado por Amancio Portabales Pichel (1945).

<sup>3</sup> Las del piso bajo son de orden dórico (en función de su basa ática) más que toscano (p. 198).

interiores y exteriores –galerías del patio y tal vez muros externos– ha quedado para otra ocasión, que esperamos con expectación.

El libro concluye con una *regesta* documental y un apéndice de documentos genoveses, testimonio del esfuerzo realizado por la autora en los archivos españoles e italianos.

FERNANDO MARÍAS  
Universidad Autónoma de Madrid